

Fe a prueba de espada

Texto bíblico: Éxodo 17: 8-16

Entre los años 1987 y 2006, el ejército LRA liderados por Joseph Kony, sometió a una pequeña población en Uganda del Norte, los Acholi, a un periodo de crueldad y violencia. Los Acholi, quienes en su mayoría profesan el cristianismo, resistieron pacíficamente por medio de intensas jornadas de oración, vigiliyas y practicando el perdón.

Durante este tiempo, el ejército de rebeldes sometió a los niños, especialmente mujeres de esta población, a secuestro y mutilaciones y eran obligadas a convertirse en esposas desde muy temprana edad.

En 2006, el LRA. Comenzó a debilitarse y a retirarse de la zona, y aunque algunos lo atribuyen a aspectos de índole política, lo cierto es que los Acholi están convencidos de que un poder espiritual más grande que ellos les había permitido resistir y prevalecer. Muchos de los detalles de esta guerra están registrados en un documental titulado: "Una guerra no convencional", un título muy pertinente.

Hemos llegado al último evento de esta serie de pruebas por el desierto antes de entrar a un nuevo segmento en la historia del pueblo de Israel.

En capítulos anteriores, vimos cómo ellos fueron puestos a prueba con sed, hambre, nuevamente sed, y como en cada una de esas pruebas, el Señor estaba enseñando algo a su pueblo acerca de él como proveedor y cuidador de sus necesidades, pero al mismo tiempo uno que espera ser obedecido.

Esta última prueba tiene que ver con algo que hasta ahora el pueblo no había experimentado, al menos no los términos aquí descritos, una guerra en la que tuvieran que involucrar sus espadas.

Esta es la primera vez que este grupo de judíos recién liberados de la esclavitud van a enfrentar por sí mismos el furor de la guerra; pero como es de esperarse, este conflicto tiene todos los elementos de "una guerra no convencional".

El argumento que quiero proponerles para este sermón es el siguiente:

El pueblo liberado por Dios va a enfrentar guerras, pero el Señor lo preservará y peleará por ellos.

Y vamos a desarrollarlo a la luz de los siguientes encabezados:

1. La inevitabilidad de la guerra (8-10)
2. La estrategia para la guerra (11-13)
3. El fin de la guerra (14-16)

La inevitabilidad de la guerra

Los amalecitas, descendientes de Esaú (Gén 36:12) y se habían instalado como nómadas en la península de Sinaí. Al escuchar que un pueblo grande venía, prepararon una guerra contra ellos. Estratégicamente hablando, Amalec tenía una ventaja significativa sobre Israel, conocían la zona, eran soldados con mayor experiencia y posiblemente atacaron por sorpresa. Todo esto podía ser el escenario para una gran masacre, lo cual hubiera representado un fracaso para el plan inicial de Dios.

Contrario a lo que vemos en las pruebas anteriores, aquí el pueblo no murmuró, esta vez decidieron obedecer e ir al frente de batalla. Estaban confiando plenamente en el Señor. Por primera vez la figura de Josué aparece, como una especie de general de guerra y el encargado de dirigir la avanzada.

Israel no era un pueblo guerrero, así que muy seguramente la estrategia no podía ser muy sofisticada.

La realidad de este pueblo en guerra nos deja ver varias cosas interesantes:

- Ser libres no significa que no tengamos que pelear
- El pueblo de Dios vive en medio de una guerra espiritual permanente (Ef 6)
- Los creyentes libramos guerra en distintos frentes. Una lucha con el pecado de la carne (1 Ped 2:11), una lucha con el mundo (Rom 12. Esta es una batalla con un sistema de valores) y una lucha con el diablo (1 Pd 5:8).
- No siempre es una guerra física pero sí espiritual.

Como creyentes no podemos permanecer impávidos frente a esta realidad. No podemos actuar con ingenuidad. Continuamente estamos siendo desafiados, retados, confrontados y eso es algo que el Señor permite.

No podemos pretender tener al mundo como nuestro amigo, al diablo como nuestro aliado y el pecado de la carne como nuestra almohada.

El lenguaje de la Biblia es continuamente una exhortación a estar alertas, a no dormir, no desmayar, a pelear la buena batalla. *Es cierto que no podemos sobredimensionar la realidad de la guerra espiritual, pero tampoco debemos pecar por ignorarla.*

¿Pero, qué hacer con esta guerra? ¿Cómo pelearla? ¿Con quién?

Esto nos lleva de la mano al siguiente punto:

La estrategia para la guerra

Mientras Josué reunía al pueblo e iba al valle para pelear contra Amalec, Moisés, Aarón y Hur (de quién la tradición dice era esposo de María, y padre de Uri, abuelo de Besaleel, de la tribu de Judá), subían a lo alto de una colina para, pelear "no convencionalmente" desde allá.

Lo que describe aquí es algo más o menos extraño. Mientras Moisés mantenía las manos en alto, Israel prevalecía y cuando las manos de Moisés se cansaban, Amalec prevalecía. La escena ya se había visto con anterioridad, cuando cruzaron el mar Rojo, mientras las manos de Moisés estaban arriba, el mar se mantuvo abierto. Hay cierta similitud en ambas acciones.

Algunos sugieren que esto obedecía a algún efecto psicológico sobre el pueblo que ya estaba acostumbrado a ver la vara obrar milagros y eso les proveía ánimo; sin embargo, lo más probable es que se tratara de una forma milagrosa de intervención en la que Dios daba fuerzas al pueblo y lo ayudaba a avanzar. Esta era una guerra física de Israel ayudado espiritualmente por Dios.

Al final, el ejército de Israel, liderado por Josué, venció a los amalecitas, aunque no desaparecerían de manera definitiva.

Hay tres cosas que quiero destacar aquí:

- *Aunque la guerra del pueblo de Dios es en el terreno de lo físico y lo visible, las armas no son de este mundo, sino poderosas en Dios. **La guerra espiritual es una guerra por la verdad.***
- Aunque la oración no aparece en este pasaje, había una especie de mediación o intercesión de Moisés en favor del pueblo que puede asociarse a esta idea.
- *En la guerra espiritual no solo necesitamos a Dios, también nos necesitamos unos a otros. Alguien que nos levante las manos cuando la carne sea débil.*

Parece que esto es lo que está en la mente del Señor cuando en Mateo 26:40 les pide a sus discípulos que oren por él mientras está en la presencia de Dios. El Señor mismo necesitó la oración intercesora de otros.

Me temo que hemos subestimado la oración por intercesión y la hemos convertido en un compromiso superficial.

Deberíamos tomar más en serio las necesidades espirituales de otros y comprometernos a ser ayuda en los momentos de debilidad.

En medio de esta guerra espiritual que libramos nos necesitamos unos a otros. Debemos reconocer que no podemos solos.

Necesitamos de Alguien que a nuestro lado nos ayude a mantener nuestras manos arriba.

Al igual que Moisés, en ocasiones nuestras manos se cansan y nuestras rodillas se paralizan y es allí cuando la familia de la fe es un regalo.

Así que el pueblo de Dios enfrenta una guerra inevitable, real y espiritual, en la que necesitamos la ayuda de Dios, pero también de los unos y los otros, pero. ¿Cuándo terminará? Y esto nos lleva al último punto del sermón

El fin de la guerra

Aunque en esta guerra Amalec fue destruido, su raíz brotó de nuevo, sus ramas se extienden a lo largo del Antiguo Testamento.

Dios mandó a que el pueblo escribiera lo acontecido en la guerra en un libro (del que no se tiene conocimiento. En Números se le llama “el Libro de las guerras”) y el propósito era dejar un recordatorio a Israel que el Señor había peleado con sus enemigos y los había derrotado.

Amalec se convertiría en el archienemigo de Israel. Más adelante, Saúl, el primer rey de Israel, había sido instruido para juzgarlos por esta acción y erradicar su memoria de la tierra, como una señal de su juicio; pero como sabemos, Saúl perdonó la vida del ganado y de Agag, su Rey. Más adelante, aunque vemos a David librando batallas con ellos y vencéndolos, todavía la raíz no era arrancada. Tanto que, en los días de Ester, mucho después de la deportación, el malvado Amán, que por poco erradica a los judíos de la faz de la tierra, era descendiente de este rey Agag, a quien Saúl le perdonó la vida.

Así que, Amalec es una representación de todos los enemigos del pueblo de Dios. Los mismos que en el Nuevo Testamento y hoy no son propiamente una nación, pero sí todo el sistema de este mundo que se opone a la verdad de Dios.

Pero las cosas no quedarían así; el Señor, por medio de un profeta de dudosa reputación, dejó un anuncio contundente:

“Y comenzando su discurso, dijo: «Oráculo de Balaam, hijo de Beor, Y oráculo del hombre de ojos abiertos. Oráculo del que escucha las palabras de Dios, Y conoce la sabiduría del Altísimo; del que ve la visión del Todopoderoso, Caído, pero con los ojos descubiertos. Lo veo, pero no ahora; Lo contemplo, pero no cerca; una estrella saldrá de Jacob, Y un cetro se levantará de Israel Que aplastará la frente de Moab Y derrumbará a todos los hijos de Set. Edom será una posesión, También será una posesión Seir, su enemigo; mientras que Israel se conducirá con valor. De Jacob saldrá el que tendrá dominio, Y destruirá al remanente de la ciudad». Al ver a Amalec, continuó su discurso, y dijo: «Amalec fue la primera de las naciones, pero su fin será destrucción».”

Números 24: 15-20 NBLA

Hay varios elementos en esta profecía que no podemos pasar por alto:

- Una estrella saldrá de Jacob y cetro se levantará de Israel que destruirá a todos los enemigos.
- Dios anuncia la destrucción de Amalec para siempre.

Si se tratara de David, no habríamos visto rastros de Amalec después de la deportación, pero seguía su retoño allí.

Este anuncio de Balaam estaba apuntando a alguien mucho más grande y glorioso. Una piedra no cortada con mano de hombre que destruiría a todos los reinos de este mundo y un rey debajo del cual todos los enemigos de su pueblo estarían sometidos.

Jesucristo, el Hijo de Dios, es el rey que con su muerte y resurrección pondría fin a los enemigos del pueblo de Dios. Y aunque aún vemos el mal reinar en algunos aspectos y pareciera que los tentáculos de Amalec siguen, espiritualmente hablando, intentando hacer guerra contra los hijos de Dios, lo cierto es que un día estos enemigos no serán más. El Señor los destruirá todos.

“Pero ahora Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de los que durmieron. Porque ya que la muerte entró por un hombre, también por un hombre, vino la resurrección

de los muertos. Porque, así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo en Su venida. Entonces vendrá el fin, cuando Él entregue el reino al Dios y Padre, después que haya terminado con todo dominio y toda autoridad y poder. Pues Cristo debe reinar hasta que haya puesto a todos Sus enemigos debajo de Sus pies. Y el último enemigo que será eliminado es la muerte. Porque Dios ha puesto todo en sujeción bajo Sus pies. Pero cuando dice que todas las cosas están sujetas a Él, es evidente que se exceptúa a Aquel que ha sometido a Él todas las cosas. Y cuando todo haya sido sometido a Él, entonces también el Hijo mismo se sujetará a Aquel que sujetó a Él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos.”

1 Corintios 15: 20-28 NBLA

Qué esperanza tan gloriosa. Hay alguien en lo alto, sentado en gloria, cuyos brazos no se cansan y cuya vara no se cae. Él intercede por nosotros y nos da la victoria.

Este mismo Jesús es por quien nuestros enemigos no prevalecen y quien vendrá a destruirlos por completo a los enemigos de Su pueblo.

Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros?

Podemos tener confianza. El mal no ganará porque Cristo reina y reinará.